

LOS IMPERATIVOS DEL ANÁLISIS. SU ARTICULACIÓN CON EL DESEO DEL ANALISTA COMO AFECTACIÓN

THE IMPERATIVES OF ANALYSIS.
ITS ARTICULATION WITH THE ANALYST'S DESIRE AS AFFECTATION

Fernández, Lorena¹

RESUMEN

El presente trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación UBACyT: "Afectaciones del analista", dirigido por la Dra. María Lujan Luale. En este escrito nos proponemos presentar algunos aportes provenientes de la elaboración de nuestra tesis de Doctorado. En esta última analizamos la articulación entre el imperativo superyoico y el cuerpo. En esta oportunidad nos interesó explorar la relación entre algunos imperativos propios de la experiencia analítica y el deseo del analista como afectación. Para llevar a cabo dicho objetivo indagamos las particularidades de la ética del psicoanálisis, la lectura lacaniana del imperativo freudiano de advenimiento de los pensamientos inconscientes donde *ello* era, así como el estatuto ético del inconsciente y su articulación con el deseo del analista. Concluimos que el deseo del analista, además de constituir un modo privilegiado de afectación, es el específico de la experiencia analítica porque afecta al sujeto del inconsciente que allí emerge.

Palabras clave:

Imperativo, Análisis, Deseo del analista, Afectación.

ABSTRACT

This work is part of the framework of the UBACyT Research Project: "Analyst Affectations", directed by Dr. María Lujan Luale. In this writing we propose to present some contributions from the preparation of our Doctoral thesis. In the latter we analyze the articulation between the superego imperative and the body. On this occasion we were interested in exploring the relationship between some imperatives inherent to the analytical experience and the analyst's desire as an affectation. To carry out this objective we investigate the particularities of the ethics of psychoanalysis, the Lacanian reading of the Freudian imperative of the advent of the self where it was, as well as the ethical status of the unconscious and its articulation with the desire of the analyst. We conclude that the analyst's desire, in addition to constituting a privileged mode of affectation, is specific to the analytical experience because it affects the subject of the unconscious that emerges there.

Keywords:

Imperative, Analysis, Analyst's desire, Affectation.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA), Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones. Email lorenapatriciafernandez@yahoo.com.ar

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de inscribe en el marco de la Investigación UBACyT: "Afectaciones del analista", dirigido por la Dra. María Lujan Iuale. En este escrito nos proponemos presentar algunos aportes provenientes de la elaboración de nuestra tesis de doctorado. Si bien en esta última analizamos la articulación entre el imperativo superyoico y el cuerpo, en esta oportunidad nos interesó explorar la relación entre algunos imperativos propios de la experiencia analítica y el deseo del analista como afectación.

Comenzamos nuestro recorrido con algunas preguntas: ¿qué pasa cuando emergen los afectos en el analista?, ¿nos detenemos a examinarlos? ¿Podemos dar lugar a la afectación del analista sin que eso implique realizar un análisis de la contratransferencia, esa noción desarrollada especialmente por los discípulos de Freud y tan desestimada por Lacan debido a su falta de rigurosidad y a sus efectos adversos pasibles de ser verificados en la clínica?, ¿Acaso el analista no se afecta?, ¿podría estar completamente desahogado, y en todo momento? ¿Podría el analista controlar la aparición de ciertos afectos, predecirlos, calcular su regulación o inmediata desaparición? Parece difícil, por no decir imposible. Entonces ¿qué hacemos los analistas con los afectos? Para arribar a alguna conclusión sobre el tema realizaremos un rodeo por la ética del psicoanálisis y la experiencia que de ella se desprende. Esto nos permitirá articular el estatuto que adquiere la afectación en el análisis.

DE LA EXPERIENCIA MORAL A LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS

En la primera parte de su seminario sobre la ética Lacan plantea que, bajo el término ética del psicoanálisis, "se agrupa lo que nos permitirá, más que cualquier otro ámbito, poner a prueba las categorías (...) más adecuadas para destacar qué aporta de nuevo la obra de Freud y la experiencia del psicoanálisis que de ella se desprende" (p. 9). Lacan aclara que dicho aporte es novedoso acerca de algo general y también acerca de algo particular. En el primer caso, porque introduce una novedad en relación con el momento en el que vivimos, aunque no podamos situar, salvo raramente, qué significa la obra colectiva en la que estamos inmersos. En el segundo caso, es nuevo acerca de algo particular porque tiene que ver con la manera en que debemos responder, en la experiencia analítica, a la demanda del enfermo. Y aclara que, al mismo tiempo, nuestra respuesta da su exacta significación. Es decir, el modo en que respondamos a la demanda del enfermo va a dar la significación a esa demanda. Además, agrega que debemos conservar la disciplina de esa respuesta para impedir que se adúltere el sentido inconsciente de esa demanda. Vemos los movimientos argumentativos a través de los cuales Lacan sostiene que la ética del psicoanálisis aporta algo nuevo acerca de la obra colectiva y también algo nuevo en torno al modo en que se responde a la demanda del enfermo.

De hecho, podríamos preguntarnos por qué Lacan habla de ética. Él mismo refiere que habla de ética porque en ella, tal como se presenta en nuestra experiencia y en la enseñanza freudiana, no todo remite al sentimiento de obligación. De hecho, destaca, en la articulación teórica de Freud la génesis de la dimensión moral arraiga en el deseo: "de la energía del deseo se desprende la instancia que se presentará en el término último de su elaboración como censura" (p. 12). Lo que constituye la dimensión ética para Lacan se sitúa "más allá del mandamiento, es decir, más allá de lo que pueda presentarse con un sentimiento de obligación" (p.11). Distingue entonces la *ética* de la *experiencia moral* en tanto esta última hace referencia a la sanción, colocando al hombre en una cierta dirección respecto de su propia acción, convocando un bien a alcanzar y engendrando un ideal de conducta. Por cierto, Lacan hace referencia al Naturalismo, filosofía del siglo XVIII que tuvo como meta lo que él denomina *la liberación naturalista del deseo*, y que caracteriza como *la del hombre del placer*. Sostiene que dicha corriente fracasó porque "cuanto más se tiende a relativizar el carácter imperativo y conflictivo de la experiencia moral, más vemos acrecentarse las incidencias propiamente patológicas de dicha experiencia" (p.12). Para él todo en esa teoría moral estaba destinado al fracaso porque, aunque la experiencia del hombre del placer se presenta unida a un ideal de liberación naturalista, entraña una nota de desafío a Dios. Y a Dios, en tanto autor de la naturaleza, se le requiere dar cuenta de las anomalías más extremas del erotismo. Es decir que en esta filosofía todavía se seguía convocando a un Otro que juzgara y sancionara las acciones, quedando así enmarcada en una experiencia moral. Mientras que la experiencia freudiana, en cambio, no se trata de una experiencia moral debido a que ilumina "los orígenes paradójicos del deseo, el carácter de perversión polimorfa de sus formas infantiles" (p.13). Volveremos sobre este último punto.

¿Qué novedad aporta entonces el psicoanálisis en lo que respecta a la ética? En el *Seminario 7* Lacan resalta que la justificación de lo que puede circunscribirse como un sentimiento de obligación constituye una interrogación universal. Y retoma la pregunta por aquello que el psicoanálisis aporta de distinto a esa justificación. Se pregunta entonces si somos nosotros los analistas *ese algo* que debe acoger al suplicante, "responder a una demanda, a la demanda de no sufrir, al menos sin comprender" (p.17). Y entonces advierte que en este lugar suelen aparecer los *ideales analíticos* que intentan medir, localizar, situar y organizar los valores que proponemos a nuestros pacientes. Pasa a enumerar tres ideales:

1. El ideal del amor humano: se trataría de la forma en que se aboga por cierta idea del amor logrado, genitalización del deseo o ideal del amor genital, que modelaría una relación de objeto satisfactoria. La ambición analítica parecería limitarse entonces a una higiene del amor: "decir que los problemas de la experiencia moral están enteramente resueltos en lo concerniente a la unión monogámica sería una formulación imprudente, excesiva e inadecuada" (p. 18)

2. El ideal de autenticidad: en tanto la autenticidad se nos propone como escala de progreso, como algo deseable, un valor. Ese *algo* armonioso, se pregunta: ¿no se detiene a mitad de camino respecto a lo que hace falta para obtenerlo?
3. El ideal de no dependencia o profilaxis de la independencia: hace referencia a que hay un límite muy sutil entre lo que le designamos al sujeto adulto como deseable en este registro y los modos bajo los que nos permitimos intervenir para que lo alcance. Resalta que por eso Freud tenía reservas en lo concerniente a la educación, porque la ética del análisis se separa de una articulación en torno al buen o mal hábito. Mientras que esta sería la ética en Aristóteles: una ciencia del carácter o acciones dirigidas a los hábitos, el adiestramiento y la educación.

En este punto, creemos conveniente realizar un rodeo por los desarrollos realizados en el seminario anterior en torno a la ética aristotélica, para poder luego delimitar la originalidad de la posición freudiana en dicha materia.

EL DESEO IRRACIONAL Y LA ILUSIÓN DE DOMINIO

Para Aristóteles es importante acentuar la función que ocupa el placer en la ética. Desde ya vamos adelantando que no ocupará el mismo lugar que en la experiencia analítica. En el *Seminario 6* (1958-1959) Lacan plantea que, para poder responder cómo accede el sujeto al deseo, hay que tener en cuenta lo desarrollado por Aristóteles en la “Ética Nicomaquea”. En esta obra, afirma Aristóteles: “Toda arte y toda investigación, lo mismo que [toda] acción y [toda] elección, tienden, según se admite, a algún bien. Por eso se ha declarado con acierto que el bien [es aquello] a lo que todas las cosas tienden” (Aristóteles, p. 3). Las acciones de los hombres tenderían entonces a alcanzar un Bien supremo. La dicha o felicidad sería ese Bien supremo al que toda acción tendería.

Notamos que la ética aristotélica constituye una ética de los actos. Si bien Lacan rescata este *obrar* propio de dicha ética, lo distingue del acto analítico respecto de varias cuestiones. La primera, en tanto en el análisis no se trata de actuar por el bien común. La segunda, en torno a cómo concibe el acto. En el *Seminario 15* va a afirmar que “en el acto no se trata de la motricidad o de la acción; de la descarga o respuesta propia del acto reflejo. En cambio, se trata de la palabra, tiene valor significativo en tanto en las consecuencias del acto se encuentra al sujeto, siempre dividido, entre lo que representa un significativo para otro significativo”. (Lacan, 1967-1968).

Entonces, si bien Lacan toma la idea aristotélica de una ética del obrar, se diferencia también del modo en el que Aristóteles distingue entre el hombre como un animal racional y al deseo como irracional o propio de la bestia. Afirma el filósofo: “el impulso agresivo en cierto modo sigue a la razón, pero el deseo, no; es, entonces, algo peor, pues el que es incontinente en el impulso agresivo en cierto modo es vencido por la razón, mientras que el otro es vencido por el deseo, y no por la razón.” (Aristóteles, p. 256). Llegando a

referir más adelante: “En el hombre la bestialidad es un mal menor que la maldad, pero es más terrible” (Aristóteles, p. 258). Es decir que cuando el placer no tiende al bien, para Aristóteles aparece el deseo, que da cuenta de la bestia en el hombre. Por eso Lacan dice que la ética aristotélica es una ética del amo en tanto ilusión de dominio:

“puede disciplinar muchas cosas, principalmente su comportamiento relativo a sus hábitos, es decir, al manejo y al uso de su yo. Pero en lo que toca al deseo, la cosa es muy diferente. El propio Aristóteles, muy lúcido, muy consciente de lo que resulta de esta teorización moral, práctica y teórica, reconoce que los deseos, las *epithymiai*, van más allá de cierto límite que es precisamente el del dominio y el del yo, y que muy pronto se presentan en el ámbito de lo que él llama la *bestialidad*. Los deseos son exiliados del campo propio del hombre, si es que el hombre se identifica con la realidad del amo” (Lacan, Seminario 6, 1958-1959, p. 16).

De todos modos, Lacan toma la noción de *eudemonía* aristotélica en tanto da cuenta del *saber hacer* con el propio demonio o bestialidad. Lo cual difiere de la idea de la felicidad como lugar al que llegar o bien que obtener. De hecho, volviendo al *Seminario 7*, Lacan se pregunta qué pasó respecto de la función del placer entre la ética aristotélica y la ética analítica: ¿qué ocurrió en el intervalo?

Mientras que se tiende a pensar que toda exploración de la ética debe recaer sobre el dominio de lo ideal, la experiencia analítica realiza el camino inverso: “la cuestión ética (...) se articula a partir de una orientación de la ubicación del hombre en relación con lo real” (p. 21). Para entenderlo nos invita a pensar qué pasó en el intervalo, entre Aristóteles y Freud. Y ubica la conversión o reversión utilitarista del siglo XIX, alegando que no se trató de un pensamiento que simplemente se hizo la pregunta acerca de cuál sería la mejor repartición posible de los bienes que hay en el mercado. Sino que constituyó además un momento de declinación radical de la función del amo, aquella que rige la reflexión aristotélica.

LOS ORÍGENES PARADÓJICOS DEL DESEO Y EL IMPERATIVO ANALÍTICO

Lacan retoma en el *Seminario 7* el término *deseo* propuesto por Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*. Dice: “hay en su obra dos puntos que nos muestran cómo todo un registro del deseo es situado por él, literalmente, fuera del campo de la moral” (p.14). Para Aristóteles, si se trata de cierto tipo de deseos, no hay problema ético. Se trata de los deseos sexuales que son clasificados por el filósofo en la dimensión de las *anomalías monstruosas*. Utiliza en relación a ellos el término *bestialidad*, y es por eso que dice que lo que sucede a ese nivel no compete a una evaluación moral. Es decir, los problemas éticos para él se sitúan en otra parte. Si consideramos que el conjunto de la moral aristotélica no ha perdido su actualidad en la teoría moral, encontramos aquí el punto de subversión que entraña la experiencia analítica. ¿Por qué? Porque en la experiencia analítica la

experiencia moral no se limita a la función de esa figura obscena y feroz bajo la cual se presenta la instancia moral en sus raíces, es decir, el superyó. Lacan destaca que la experiencia moral de la que se trata en el análisis es también aquella que se resume en el imperativo original que propone Freud: ese *Wo Es war, soll Ich werden*.

“Ese yo (je) que debe advenir donde eso estaba no es otra cosa más que aquello cuya raíz ya tenemos en ese yo que se interroga sobre lo que quiere. No solo es interrogado, sino que cuando avanza en su experiencia, se hace esta pregunta y se la hace precisamente en relación a los imperativos a menudo extraños, paradójicos, crueles, que le son propuestos por su experiencia mórbida. ¿se someterá o no a ese deber que siente en él mismo como extraño, más allá, en segundo grado? ¿debe o no someterse al imperativo del superyó, paradójico y mórbido (...)? Su verdadero deber, si puedo expresarme de este modo, ¿no es acaso ir contra ese imperativo?” (p. 16).

Entendemos siguiendo a Lacan que, si hay un “deber” o imperativo en la experiencia analítica, se trata del *imperativo de interrogar aquello que se impone en el sujeto como imperativo*. De ahí lo paradójico del asunto, y su punto de contacto con el deseo. En cuanto a los orígenes paradójicos de este último, ya desde los inicios de la obra freudiana encontramos que en el síntoma histérico hay una representación que no entra en conexión asociativa con otras representaciones por haber recibido una valoración afectiva que resultó traumática para el aparato debido a su contenido sexual, pero aun así ese deseo encuentra satisfacción en el síntoma. En cuanto al carácter perverso y polimorfo de sus formas infantiles, cabe recordar que desde la perspectiva freudiana el niño perverso polimorfo es el niño de las pulsiones parciales. Pulsiones perversas porque no tienen como finalidad más que las satisfacciones parciales, de las zonas erógenas. Polimorfas porque son de distintas formas, provenientes de variadas zonas y no están sintetizadas en una sola.

Lacan sitúa que, sin embargo, con el correr de los años los psicoanalistas (se refiere de una manera amplia a los llamados posfreudianos, con quienes él discutía en ese momento) tendieron a reducir esos orígenes paradójicos del deseo, abogando por su convergencia hacia un supuesto fin armónico, que se alcanzaría en la etapa genital del desarrollo sexual. Lo que conduciría a una suerte de *moralismo más comprensivo*, así lo denomina. De este modo el psicoanálisis podría parecer tener como único objetivo apaciguar la culpa, intentando realizar una domesticación del goce. Nos preguntamos entonces: la función del analista ¿es domesticar el goce, la pulsión o los afectos? En caso de que nos lo propusiéramos, ¿podrían el goce, la pulsión o los afectos ser acotados, adiestrados, domeñados, por nosotros? ¿Qué orienta al analista?

EL STATUS DEL INCONSCIENTE ES ÉTICO

En el *Seminario 11* Lacan se pregunta: “Para el analista, ¿habrá algo que pueda corroborar en el sujeto lo que sucede en el inconsciente?” (p.48). Refiere que, para aproximarnos al inconsciente freudiano, en el lugar de la causa hay un hueco, algo que vacila en el intervalo. ¿Qué encuentra en el hueco, en la ranura, en la hiancia característica de la causa? No un determinismo, sino lo no realizado, lo que está por advenir. Nos pregunta: “¿qué es lo que impresiona de entrada en el sueño, en el acto fallido, en la agudeza? El aspecto de tropiezo bajo el cual se presentan. Tropiezo, falla, fisura” (p. 31). Sostiene que estos fenómenos operan como un imán sobre Freud, y allí va a buscar el inconsciente.

Al referirnos al inconsciente se hace patente que lo que allí sucede es inaccesible a la contradicción, a la localización espacio-temporal, a la función del tiempo. Por eso Lacan lo piensa como una hiancia, es decir, como preontológico. No es ni ser ni no ser, es no realizado (p. 38). En todo caso lo óntico, en la función del inconsciente, es la ranura por donde ese algo sale a la luz un instante. El segundo tiempo, que es el cierre, da a esta captación un aspecto evanescente (p.39). Por eso podemos afirmar, siguiendo la argumentación lacaniana, que encontramos la estructura escandida de la pulsación de la ranura en el *tiempo lógico* (p. 40). La aparición evanescente sucede entre el instante de ver, y ese momento elusivo en que la aprehensión del inconsciente no concluye. por eso se trata siempre de una recuperación engañosa: porque lo que se dio a ver estaba elidido, perdido incluso, y porque la aprehensión del inconsciente no concluye. Lacan llega a decir que el inconsciente, ónticamente, es lo evasivo (p. 40).

Según la RAE lo evasivo es un recurso para evadir una dificultad. ¿Qué dificultad evade el inconsciente? Aquí Lacan dice una de las cosas más interesantes desde nuestro punto de vista:

“Quiero recalcar ahora, por sorprendente que les parezca la fórmula, que su status de ser, tan evasivo, tan inconsistente, se lo da al inconsciente la manera de proceder de su descubridor. El status del inconsciente, tan frágil en el plano óntico, como se los he indicado, es ético. Freud, en su sed de verdad, dice: Sea como fuere, hay que ir a ver, porque, en alguna parte, el inconsciente se muestra. Y esto lo dice en su experiencia de algo que hasta entonces, para el médico, era la realidad más negada, más encubierta, más retenida, más rechazada: la de la histérica, en tanto que está marcada por el signo del engaño” (p. 41)

El status del inconsciente es ético en tanto algo del deseo freudiano operó para su encuentro. Es decir, podemos afirmar que el analista no puede ser separado del concepto de inconsciente.

Ahora bien, si el inconsciente es evasivo, una recuperación engañosa, y ubicamos al sujeto en ese corte o ranura: ¿por qué hablamos del sujeto de la certeza?, ¿por qué Lacan sostiene que el sujeto de la ciencia es el sujeto del inconsciente? Afirmamos que lo hace porque en la duda cartesiana hay una certeza, y con ello nace el sujeto de

la enunciación. Lo argumenta resaltando que Freud se dedica a la cuestión del olvido del sueño y el valor de su transmisión por parte del sujeto y sosteniendo que el modo de proceder de Freud es cartesiano en la medida en que parte del fundamento del sujeto de la certeza (p. 43). Ahí donde, en el texto de la transmisión de un sueño escuchamos: “no estoy seguro, dudo”, Freud sostiene su certeza: esa duda es indicio de que hay algo que preservar, es signo de la resistencia. Está seguro de que en ese lugar hay un pensamiento inconsciente, revelándose como ausente. La diferencia entre Descartes y Freud es que Descartes tiene que asegurarse de un Otro que no es engañoso, que sea garantía de la verdad, y lo ubica en Dios. Mientras que en el psicoanálisis la relación del sujeto no es con el Otro engañoso, sino con el Otro engañado: “Lo que más teme el sujeto es engañarnos” (p.45), por ejemplo, cuando dice: “no se si es importante esto que tengo para decir”. De hecho, recuerda que para Freud el inconsciente puede ejercerse en el sentido del engaño. Lo que hace la joven homosexual con su sueño, cuando lo engaña, es un desafío más dirigido al deseo del padre, como si dijera: “usted quiere que me gusten los hombres, pues tendrá todos los sueños de amor por los hombres que quiera”. Lacan destaca la certeza freudiana en la duda. Dice que Freud nos invita a integrar la duda al texto del sueño. Así, la duda se constituye como un colofón: indica algo, formando parte del texto, del relato. El padre del psicoanálisis sitúa su certeza en la constelación de los significantes tal como resultan del relato, del comentario, de la asociación, sin que importen los desmentidos. Porque, tal como destaca Lacan, todo proporciona significante. Freud aprehende los pensamientos inconscientes en la enunciación del texto de los sueños. Y es allí donde radica su certeza. Se dirige al sujeto para decirle: aquí en el campo de los sueños, estás en casa. So es war, soll Ich werden. Donde *ello* era *yo* debe advenir, que debe entenderse no como *moi* sino como *je*: pensamientos inconscientes. Allí donde *eso* estaba (lo real) el *Ich* (el sujeto) ha de advenir (pp. 52-53). Podemos afirmar que el estatuto del inconsciente es ético porque, aunque no sea suficiente, es imperativo que el deseo del analista salga a su encuentro.

LA OPERACIÓN ANALÍTICA Y LA AFECTACIÓN DEL ANALISTA

En los apartados anteriores hicimos referencia al imperativo propio de la experiencia analítica: el inconsciente debe advenir, y ello incluye al analista. Nos interesa ahora precisar un poco más de qué modo debe incluirse. En uno de los denominados escritos sobre técnica psicoanalítica, Freud sostiene que el analista debe hacer como el cirujano “que impone silencio a todos sus afectos e incluso a su compasión humana y concentra todas sus energías psíquicas en su único fin: practicar la operación conforme a todas las reglas del arte” (Freud, 1912/2004, p. 114). Podríamos pensar que Freud se resuelve categórico: hay que acallar los afectos, pero cabe preguntarnos: ¿Cuál sería la “operación” del analista? ¿Cuáles serían “las reglas del

arte” en el análisis? Dejemos por ahora en suspenso estas preguntas y pasemos a examinar algunas ideas lacanianas en torno al tema.

En el *Seminario 10* Lacan (1952-1953/2018) se pregunta: “¿por qué un analista, con el pretexto de que está bien analizado, sería insensible al surgimiento de cierto pensamiento hostil que puede percibir en una presencia que se encuentra ahí?”, “¿por qué el movimiento del amor o del odio estaría en sí excluido? ¿Por qué descalificaría al analista en su función?” (p. 213). Realizando una lectura rápida podríamos creer que Lacan estaba siendo más laxo que Freud, quien postulaba que debía imponerse silencio a los afectos del analista. Pero si leemos detenidamente la indicación freudiana, aun en su aparente severidad, notamos que no excluye la aparición de los afectos. Lo que hace es dar una indicación acerca de cómo maniobrar ante ellos: silenciarlos para poder operar. Se torna evidente que si hay algo que silenciar es porque algo se hizo escuchar. El asunto será entonces cómo entendemos esta idea de “silenciar los afectos” para que la operación analítica pueda tener lugar siguiendo las reglas de su arte.

Para pensar algo acerca de la operación analítica tomaremos otra referencia de Lacan. Está en uno de sus primeros escritos, *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958/2002), donde sitúa que aquello que orienta al analista no son los ideales, ni la comprensión, ni la contratransferencia. Es contundente al afirmar que el analista dirige la cura, pero que no debe dirigir al paciente. Al respecto dice: “la dirección de la cura consiste en primer lugar en hacer aplicar por el sujeto la regla analítica” (p. 566). Se refiere a la regla de la asociación libre. Pero entonces, ¿se trata de enunciar efectivamente la regla de la asociación libre en la primera entrevista con un paciente? Creemos que no, y lo sostenemos a partir de los argumentos que Lacan agrega en este texto cuando dice que por más que el analista no comente las directivas que constituyen la regla fundamental, *las inflexiones de su enunciado servirán de vehículo a la doctrina, en tanto la misma haya tenido consecuencias para él*. Es decir que los efectos de la aplicación de la regla fundamental en el propio análisis brindan una orientación para la operación analítica.

En este texto Lacan describe tres niveles en la dirección de la cura: la táctica, la estrategia y la política. No describiremos a cada uno, a los fines de nuestro trabajo nos interesa simplemente ubicar que el tercer nivel de la dirección de la cura, la política, está emparentado con lo que mencionábamos antes, con las consecuencias del análisis del analista. Lo cual implica que se posicione en su carencia de ser en tanto ha experimentado la dimensión de la falta articulada a un deseo: el deseo del analista desalienado de ideales, prejuicios y de su propia fantasmática. Advertido de sus afectos, podemos agregar. Por eso decimos que el analista toma posición como un oyente que no comprende, que sitúa la diferencia entre enunciado y enunciación, entre el dicho y el decir, o sea, entre lo que se enuncia y la posición desde la cual el sujeto dice lo que dice. Sosteniendo así desde el inicio la apuesta por la localización del sujeto. Lacan lo dice de otro modo también, que nos resulta bastante iluminador: el analista cuenta con un saldo de saber

acerca de la imposibilidad de medir las consecuencias del alcance de sus palabras al momento de interpretar. Y además está advertido de que ocupa un lugar asignado por la transferencia.

CONCLUSIONES

A lo largo del trabajo nos interesó explorar algunas argumentaciones teóricas en torno a la articulación entre los imperativos en el análisis y el deseo del analista como modo privilegiado de afectación.

Abordamos algunas ideas del seminario lacaniano sobre la ética con el objetivo de situar qué aporta de nuevo en materia de ética la obra de Freud y la experiencia del psicoanálisis que de ella se desprende. Para eso realizamos una comparación entre la ética aristotélica en lo concerniente al placer y *la ética de la experiencia analítica*. Delimitamos que esta última no se limita a una experiencia moral que remite a la sanción, sino que incluye los orígenes paradójicos del deseo, y *el imperativo de interrogar lo que se impone como imperativo en el sujeto*.

Luego trabajamos algunas referencias del *Seminario 11* para abordar lo que Lacan plantea como el *estatuto ético del inconsciente*. Desplegamos su articulación con el sujeto de la certeza, sus puntos de contacto y sus diferencias con el sujeto cartesiano. Examinamos la función pulsativa, evanescente del inconsciente, para dar cuenta de la estructura de hiancia de la causa y su estatuto ético. De esto último nos interesó destacar, especialmente, que el inconsciente se constituye a partir del deseo del analista, que Lacan lee en el deseo de Freud.

La inclusión del analista para que el inconsciente haga su aparición evanescente nos llevó a preguntarnos por la especificidad de dicha inclusión, con especial énfasis en los afectos que emergen en aquel. Tras revisar algunas referencias freudianas y lacanianas en torno a la operación analítica y a las reglas de su arte, podemos sostener que los afectos forman parte de la escena analítica, y que en todo caso será función del deseo del analista orientar su operación de modo tal que dichos afectos no se conviertan en obstáculo sino en motor de su arte, tal como plantea Freud respecto de la transferencia.

De ahí extraemos que el deseo del analista se constituye en un modo privilegiado de afectación: el analista no interviene desde los afectos, pero tampoco sin ellos. En este sentido, destacamos la indicación lacaniana acerca de que las inflexiones de su enunciado servirán de vehículo a la doctrina, en tanto la misma haya tenido consecuencias para aquel.

Creemos que el recorrido realizado nos permite delimitar *el deseo del analista como una posición enunciativa* que, soportada en lo simbólico, lo imaginario, y lo real, genera las condiciones para el surgimiento del objeto a, del sujeto en tanto causa, en el marco del dispositivo analítico. Nos preguntamos entonces si la afectación entendida de este modo sería exclusiva del analista, del analizante, o si más bien sería del sujeto del inconsciente que allí emerge. Nos inclinamos por esto último.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (2015). *Ética Nicomaquea*. Traducción de Eduardo Sinnott. Colihue clásica.
- Freud, S. (1912/2004). Consejos al médico. En *Obras Completas. Vol. XII*. Amorrortu. [Artículo original de 1912].
- Lacan, J. (1958/2002). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos I. Siglo XXI*. [Artículo original de 1958].
- Lacan, J. (1958-1959) *El Seminario 6: El deseo y su interpretación*. Paidós [Artículo original de 1958-1959].
- Lacan, J. (1959-1960/2009). *El Seminario 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós. [Artículo original de 1959-1960].
- Lacan, J. (1962-1963/2018). *El Seminario 10: La angustia*. Paidós. [Artículo original de 1962-1963].
- Lacan, J. (1964/2006). *El Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. [Artículo original de 1964].
- Lacan, J. (1967-1968). *El seminario 15: El acto analítico*. Inédito.

Fecha de recepción 10 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación 31 de octubre de 2024